

## CAPITULO X.

### Escenas florentinas.

¿Quién puede hoy fingirse un rico entierro florentino en la Edad Media? Doblan las campanas todas de Florencia con fúnebres lamentos; despuéblanse las casas al deseo de presenciar la ceremonia; cúbrese las calles de gentes como en las fiestas de San Juan y en las grandes procesiones; los cleros diversos, con sus capas de terciopelo y sus sagradas cruces, corren de un lado á otro atareados y de prisa; los innumerables frailes de los diversos monasterios animan las estrechas calles y los sombríos palacios con sus hábitos pardos, negros, azules, blancos y sus salmodias religiosas cantadas en coro; los parientes del muerto, vestidos de largos trajes de duelo, lloran con amarguísimos sollozos y se mesan los cabellos con verdadera ó fingida desesperacion; los invitados parecen salidos de los sepulcros, pues ciñen camisas de lino semejantes á tristes sudarios; las plañideras y los plañideros alquilados dan alaridos, cuya furia crece en proporcion inversa de su sinceridad y directa de su precio; la viuda desolada, vá conducida con la solemnidad y el aparato que una dolorosa; el muerto, envuelto en tisú de oro, tendido sobre un lecho de terciopelo, rodeado de setenta antorchas, conducido procesionalmente, lleva en pos de sí doce caballos, este por haber sido caballero, aquel por capitán, el de más acá con la bandera de la familia, el de más allá con las armas, otro con las espuelas y la cimera y el penacho y el guantelete y la espada; el último con manto de escarlata sobre el lomo y conducido del diestro por un paje, cuya dalmática resplandece por resaltar en ella, sobre fondo violeta, las guirnaldas de oro; y por último, lo llena todo el pueblo entero con sus inmensas muchedumbres que acom-

pañan el cortejo hasta la parroquia, donde ponen al cadáver un plato magnífico sobre el pecho á fin de que lo llenen de monedas, destinadas á aumentar los responsos, las misas, los rezos, y por consiguiente los rendimientos y riquezas de la Santa Madre Iglesia.

Inútil decir que entre los frailes se encontraban los carmelitas, y entre los carmelitas, nuestros buenos conocidos Paolo y Alberto. Aun no estaba terminada la ceremonia, cuando ya la abandonaban ellos despidiéndose de sus hermanos, para dar un paseo por el mercado antes de reducirse al encierro de su Convento.

Si tan ruidosos eran los duelos en Florencia, imaginaos cuanto lo serian los mercados. Zumbaban como conjunto inmenso de colmenas. Contábanse dos principales, uno llamado el Viejo y otro llamado el Nuevo. A aquel van nuestros frailes, y con ellos vamos tambien nosotros. Antes de llegar los buenos padres, desde el sitio donde se lloraba la muerte, al sitio donde se reunian los alimentos necesarios para la vida, pasaron por delante de varias logias, especie de tribunas anexas á las casas y palacios, donde las familias solian reunirse, y en casi todas departieron con los asistentes sobre los sucesos, los chismes, los cuentecillos, los entremeses, los dramas y tragedias de la ciudad. Era el mercado cosa pintoresca. Una gran plaza le servia de teatro; cuatro iglesias adornaban sus cuatro frentes; varios palacios de familias, ó ricas ó nobles, terminaban aquel cuadrado; junto á las mesas donde se ofrecian las carnes frescas, alzábanse los puestos de hortalizas y legumbres con toda su fragancia; junto á una tienda que chorreaba sangre, una espuerta que despedia esencias; junto á los pobres pájaros cazados y muertos, las palomas y las tórtolas enjauladas y vivas; entre las tripas y los mondongos todavía calientes, las flores aromáticas; aquí buhoneros con su quincalla ambulante, y allá chalanes con sus jacos y sus asnos enjaezados; aquí vendedores desafortunados invitando á los paseantes á la compra, y allá compradores resistentes oponiendo sus continuos regateos á los precios; el tardo buey mezclado con el caballo impaciente; la gallina de agudos cánticos con el cerdo gruñon; el dulce borrego con la inquieta cabra, el novillo que acababa de derribar los vasos de una taberna con el sosegado búfalo, que aguardaba resignado su carga, formando todos estos contrastes un cuadro tan vivo, y todos estos ruidos de gritos, voces, clamores, balidos, rebuznos, cánticos, arrullos, votos, blasfemias, graznidos, relinchos, un estruendo tan grande, que no podia irse á semejante sitio sin creerse en medio de una ciudad delirante ó aquejada de exaltadísima demencia.

Como para aumentar mas lo pintoresco de aquel sitio, veíase á un extremo, en frente de la calle de Calimala, un altar consagrado á la Virgen, donde se decia misa al aire libre y se arrodillaban los mercaderes para cohonestar con su religion profundísima sus estafas continuas. En aquel momento pasó terrible cortejo; aparecieron grupos de frailes, varios sayo-



nes, un franciscano que hablaba á grandes voces, un reo de muerte vestido con la ropa al uso, piquetes de guardia, esbirros y ministros de la policía, y por último, el verdugo. Cumplíase una costumbre de rúbrica en Florencia. Los que llevaban á ahorcar se ponían allí de rodillas y consagraban una oración á la Virgen. El reo en aquel momento se desmayó, y hubo necesidad de tomar cordiales y esencias en las farmacias vecinas, á fin de devolverle prontamente la vida para que pudiera sentir mejor la muerte. Los dos frailes, que no acertaban á dormir, cuando se iban á la cama, sin tener al dedillo todo cuanto ocurría en Florencia, quisieron saber la causa de aquella justicia, y felices en todo, como buenos siervos del Señor, tomaron de manos á boca con un juez que les relató el suceso.

—Creemos, dijo, á nuestros novelistas, á Boccaccio y á Sacheti, inventores de todo cuanto refieren, y ese racimo de horca se parece al héroe de los rubies del Decameron como una gota de agua á otra gota de agua. Es un perusino, corto de conciencia, largo de manos, en el beber un mar, en el dormir un Morfeo, que juega á los dados como los escamoteadores á los cubiletes; que vive por todos los burdeles, superando en número de mujeres al gran turco y en riquezas al rey Crespo, pues si veía la caja ó la cama ajena se entraba de rondón en ellas, como si el mundo entero le perteneciese por razón de su falta de escrúpulos y de su sobra de audacia. Fuese una de estas noches al Scheraggio, letrina material donde se reúnen todas las inmundicias y letrina moral donde se reúnen todas las cortesanas. Allí el vino lo emborrachó, la orgía lo hartó, el placer lo enloqueció; y de los labios donde libara tantos impuros besos, de los labios de una mujer perdida, oyó la revelación de que, escalando cierta iglesia, y yendo al sepulcro donde por la mañana habían enterrado á un rico gentil-hombre, cuya espada llevaba engarzada la mas preciosa esmeralda venida del Oriente, podrían darse una vida á guisa de señores de horca ó comerciantes con Asia. Aún no lo habían pensado, cuando ya lo tenían puesto por obra, como si trataran de la mas sencilla cosa, y sin temor ni á Dios ni al diablo, ni á los escribanos, ni á los jueces, ni al verdugo. Diríase que para ellos estaban como acabados mundo, cielo, infierno, y quedaban solamente su presa y su codicia. A la callada, en noche oscura, cuando todos dormíamos, descendieron de sus zahúrdas y escalaron la iglesia, dos mujeres, dos hombres, y el héroe que habeis visto desmayarse como una dama, cuando no tiene ni corazón ni conciencia. Al punto que en el lugar sagrado penetraron, los pasos en las huecas tumbas cuya resonancia aumentaba el silencio de las tinieblas; las sombras caídas de la bóveda que espesaba el dudoso centelleo de las lámparas; las estatuas y las efigies agrandadas entre estas sombras como entre misterios; el estallido de las sienas, ya hinchadas por remordimientos, y el dolor de los corazones, ya lacerados por siniestros terrores, les helaron de espanto, quedándose hechos una piedra como la

mujer de la Escritura cuando volvió sus ojos á las malditas regiones de Pentápolis. Mas no era posible retroceder, despues de entrados en la trampa; y sostenidos unos en otros, gritando al menor ruido, cayendo sobre el pavimento al menor tropiezo, echando á correr para chocar en las columnas y en los altares, si de sí mismos y de sus respiraciones se asustaban, dieron al cabo con la tumba, de las dimensiones casi de un panteon; y á fuerza de piquetas, de martillos, de barras, de esfuerzos, de porfías, entreabrieron la tapa y echaron al perusino con mucho trabajo: que á punto de reventarse estuvo entre la losa y el borde en aquella estrechísima abertura, la cual, en sentir de ellos, conducía á la riqueza, y en los juicios de Dios, al infierno. En tal momento se olvidaron de lo mas necesario, de una luz; y hubieron de pedirla á próxima lámpara en cuya llama iban á encender cierto cabo de vela. Mas, al acercarse á la luz, saltó una lechuza, que con sus frias y sedosas alas rozó la frente del malvado, cuya perversa mano animaba en la llama, donde solo pueden alimentarse ideas celestes, los instrumentos de su crimen. Y al extinguirse la luz, y al saltar aquel bicho semejante en las tinieblas á una sombra de los ángeles caídos, y al oírse el vuelo callado, como si abriese la muerte sus alas, y al columbrarse los ojos verdosos como las llamaradas de los fuegos fátuos, creyéndose todos perdidos y los que sostenían la pesada losa, dejáronla caer sobre el cuidado, poniéndose todos en cobro para huir hasta de la ciudad y dejando á su cómplice enterrado vivo en compañía de un muerto. Se eriza el cabello y se extremece el corazón al pensar lo que allí dentro le ha pasado y al oírsele contar. Tinieblas palpables, falta de aire, estrechez de espacio, silencio sepulcral, hedor asqueroso, la frialdad de la muerte, la compañía de un cadáver, el choque de los huesos en las piedras al menor movimiento, la humedad de los humores producidos por una descomposición reciente, los gusanos que devoraban aquellos despojos; todo cuanto se contenía en aquel asilo último de nuestras miserias, todo le aterraba en términos que se creía, aunque vivo y respirando en el apestado aire, caído en las regiones de los muertos y condenado á yacer allí perpetuamente. Figuraos cómo respiraría en aquel hedor; qué frío le darían los gusanos pasando sobre sus carnes; qué estremecimiento el contacto con el hinchado cadáver; qué asco los pútridos humores; qué terror la seguridad de no poder levantar la abrumadora losa contra cuya pesadumbre se rompía el cráneo; qué desesperación la muerte anticipándose á enterrarlo vivo y extinguendo su existencia dentro del sepulcro, junto á los cadáveres, en el momento mismo de cometer un crimen; tormentos todos superiores en horrible intensidad á los tormentos del infierno. El pobre perusino se revolvía de aquí para allá, sin poder desasirse del muerto, como si le tuviera abrazado fuertemente y unido á su corrupción. Donde quiera que se revolvía le encontraba, como si conservase el movimiento y quisiera que aquel inesperado compañero le de-



volviese con su contacto el calor perdido de la vida. En este terror, el cuitado daba alaridos horribles y se hería y se magullaba el cuerpo llamando con repetidos llamamientos á las frías losas donde estaba encerrado.

En toda la noche ningun rumor, ninguno respondió á tantos clamores. Los compañeros de su hazaña, aunque tan aterrados, y en el huir tan presurosos, salieron con todos los instrumentos, pues cada cual llevaba uno, y quitaron todas las escalas no dejando rastro alguno de su paso. Así es que, al levantarse el sacristan y entrar al arreglo diario de su iglesia, no echó de ver cosa alguna, porque ni huella ni rastro quedaba del asalto, y los ladrones se habían guardado muy bien de tocar á ninguno entre tantos sacros objetos, husmeadores solamente de la gruesa esmeralda encerrada en el señorial sepulcro. Por su parte la pobre víctima de la propia codicia y el ageno miedo, á fuerza de luchar y reluchar, de estirarse y encojerse, de llamar con redoblados llamamientos, de herirse contra las piedras, de golpear con su cráneo y arañar con sus uñas, había agotado sus fuerzas físicas y estaba materialmente exánime. En uno de aquellos movimientos, sin darse cuenta de cómo ni por qué había sucedido, cual en todos los grandes terrores y á todos los aterrados suele acontecer, creyó que caía sobre su espalda la férrea mano del muerto, enterrado con toda su armadura. Al estremecimiento de miedo que le dió, chocó la sien izquierda en la punta de la celada, pero con una fuerza tal, y despertándole un dolor tan vivo, que perdió el sentido y se quedó tan rígido y tan muerto y tan helado como el mismo difunto. Así es que á las primeras horas del día nada se oyó, tomado el perusino de su desmayo. Estaba el sepulcro en tierra, próximo á la pared de una oscura capilla, no lejos del altar, y al lado que se llama del Evangelio. En tal capilla decíase á las nueve de la mañana solemne misa por la eterna salvacion y el eterno descanso del muerto. Estaba la capilla completamente llena, el sacerdote absorto en la ceremonia, cuando al volverse á decir el «Dominus vobiscum» se oyó como un espantoso bramido que salía de lo interior del sepulcro y unos golpes que resonaban fuertemente en las losas, como si en los aires se hubiera oído la hora del último juicio y los muertos se irguieran y se levantaran para obedecer la voz divina que anunciara la consumacion de los tiempos y el desquiciamiento de las esferas. Oír los circustantes aquel bramar parecido al clamor de los condenados; aquel golpear siniestro en la losa del sepulcro; aquel estruendo en las cavidades del vacío y del silencio; oír ésto y aterrarse todos, como si en una gran concurrencia se pronunciase la palabra «fuego;» fué obra de un momento. El sacerdote echó á correr como si el diablo se hubiera aparecido á sus ojos. Las gentes precipitáronse unas en pos de otras; salieron en tropel; saltaron por todas partes, cayendo estos, tropezando aquellos, hiriéndose todos, desmayándose las señoras, con tales alaridos y tales gestos que parecía la iglesia un sábado de brujas recientemente sorprendido

por inesperado incendio. La noticia se comunicó á las gentes, y las gentes la transmitieron á los magistrados, y los magistrados á la policía; y todos á una corrieron á ver el caso y á conjurar el peligro. Mas policía, magistrados, sacerdotes, en cuanto se acercaron al sepulcro, corrieron á la desbandada creyendo habérselas, no con seres reales, sino con los mismos diablos venidos á turbar la existencia de los vivos y el reposo y el sueño de los muertos. Por fin, cierto capitán y sus soldados se decidieron á la operacion de levantar la losa, bajo la cual encontraron al muerto casi destrozado y al vivo en tal situacion que parecia haber vuelto del otro á este nuestro mundo. Sacáronle de aquel sitio y confesó, todo atribulado, su crimen y los cómplices con cuyo auxilio lo había tristemente cometido. Pero estos cómplices no fueron encontrados en Florencia por haber huido conociendo la suerte que les aguardaba; y el reo ha sido enviado de tan sumaria manera á la horca, que ha pasado bien rápidamente de la sepultura donde le encerró su delito á la sepultura donde le encerrará nuestra justicia.

—¡Caso grave! dijo, Fra Paolo y de nosotros completamente ignorado en nuestro retiro.

—Mucho mas grave aun, dijo el jóven Fra Alberto, cuando se piensa y reflexiona sobre el desprecio que revela de los misterios de la religion y de los terrores de la muerte.

—Los florentinos, dijo Fra Paolo, son de mucha supersticion y de poca piedad. No se vestirán de verde por ser color mahometano, y luego leerán con gusto el libro de los tres impostores en cuyas páginas se confunde con el perro Mahoma á Nuestro Señor Jesucristo.

—Tiene razon el hermano Paolo, añadió Alberto, muchísima razon. No comienzan obra alguna de interés en viernes, pero sí comienzan muchas obras de pecado. No van al Miserere, pero van á la quiromancia. Se negarán á poner nuestro escapulario sobre el cuerpo de sus enfermos, y pondrán las manos malditas de los judíos.

—Mirad aquel, exclamó el Juez, lleva mas botones de los que consienten las leyes, y se extrañará mañana si le mando á la cárcel.

—Teneis razon; el lujo nos devora.

—Cincuenta libras se necesita aflojar para tener derecho á lucir piedras, joyas, perlas ó vidrios. Pues no hay mujer que esquive pagarlas, para lo cual no vacilarán un punto en dar su cuerpo á la prostitucion y su alma al diablo.

—Mire, dijo Alberto, aquel viejo chocho, desdentado, perlático, que pasa por allí, favorito es de la mas hermosa mujer que hay en toda Italia.

—No me extraña, añadió Fra Paolo; pues las mujeres suelen preferir los peores entre nosotros, como dijo el otro que hacen con los puerros, cogiéndolos por la cabeza donde reside todo su sabor y gustando de las puntas que amargan y hieden.



—Mirad, dijo el Juez, en aquella taberna se apiporran tres ó cuatro bastardos mas queridos y mas cuidados por su padre que los hijos legítimos, en vida desposeídos, gracias á estas libaciones, de su patrimonio y de su herencia.

—Mire aquella que vá por allí en busca de hilo, dijo Fra Paolo; bajita, ha crecido por virtud de suelas y tacones andando en zancos cual titiritero; morena, ha blanqueado, merced á su almidon, mas planchada que velillos; pelinegra, ha enrojecido, mas dorada que unas andas; flaca y espiritada, verdadero espárrago, ha engordado, pero con lanas, mas rellena que colchon.

—Las mujeres son como las cocinas, dijo Fra Alberto, buenas y malas necesitan leña.

—Miradlas con esos cuellos de holanda tan altos, esos guardapiés de brocado tan bajos, esas mangas de tisú tan largas, esos zapatos de terciopelo tan cortos, la cabeza entre jardin y joyería, la garganta encadenada con pesados collares, las piernas casi cojidas y cazadas entre las trampas y mallas de las redes.

—Señor Juez, no digais nada de aquel garzon, vestido como una virgen, juboncillo blanco, calzas blancas, zapatos y birrete blancos, pero en esa blancura inmaculada, resaltando las manchas del vino que le han echado en la taberna y del aceite que le han echado en el burdel.

—Sin duda ha salido de los piés de alguna cama donde arrojan las sobras de la comida, las mudas recién cambiadas, las chaletas roídas, las plumas de las aves, los pepinos á medio morder, los huesos de las frutas, las mondaduras de la cocina y los vómitos de las borracheras.

—Mire aquel otro caballerito, su caballo de la rienda, su perro á los piés, en el hombro izquierdo un mono, en el hombro derecho un papagayo, sobre la gorra dos jilguerillos, y al lado un oso que juega con su espada, como si en vez de ser caballero florentino, fuese acróbata alemán.

—A propósito, dijo el Juez, ya he conseguido del Podestá que nombre aquel recomendado vuestro, custodio de los leones de Florencia.

—Mucho lo celebramos, respondió Fra Paolo, porque no teníamos empleo alguno que darle en nuestro monasterio y nos lloraba diarias desdichas. El cuidará bien de los leones, que no se morirán fácilmente, prosperando así la suerte de Florencia, la cual cree ver siempre una calamidad en los aires á la muerte de cualquiera de sus leones municipales, mas atendidos que los mismos magistrados.

—Por Baco, exclamó Fra Paolo, volviéndose hácia los mercaderes, buen cordero teneis hoy, pero mala vaca; escasísima caza, muchas lonjas de tocino, verduras pasadas y morcillas frescas, las cuales resultan buenas, muy buenas para rociadas con excelente vino.

—Padre, le dijo un chusco, las longanizas como los capones se han cria-

do para nuestros estómagos pecadores, y un santo como vos debe tener bastante, y aun sobrado, con achicorias cocidas y pedazos de atun salado.

—Dejadnos en paz: que tambien nos gustan á nosotros las cosas buenas, y Nuestro Señor Jesucristo, con ser Dios, cenaba en casa de sus paisanos y bebía buen vino en las bodas de Canaan.

—Vino aguado, replicó el chusco, y por lo mismo semejante al de nuestras tabernas.

—¿Cuánto quieres por ese cerdo aderezado y compuesto?

Preguntó Fra Paolo deteniéndose ante la mesa de un carnicero.

—Doce florines.

—Caro, caro.

—¿Os parece caro, cuando pago cuarenta sueldos de derechos de puerta? Si tuviese enfermo alguno en mi familia, ó tomado de ojo á mi pequenuelo, os lo daría de balde, como ofrenda al convento; pero, en plena salud, sin necesidad ninguna de vuestras oraciones, gordo y robusto me habeis de dar todo cuanto vale.

—Así sois los florentinos de olvidadizos é ingratos. No recordais á nuestra Santa Madre la Iglesia, sino cuando teneis de ella necesidad en vuestros aprietos. Pues cura, cuidado, de que cuanto comas no se vuelva corrupcion y podredumbre al influjo de esas endiabladas blasfemias.

—Les sabe mal, añadió Alberto predicando tambien á favor de su monasterio, dar un cerdo al convento que se lo devuelve con creces en la abundancia conseguida con sus oraciones, y gastan nueve libras por mes en la manutencion de un leopardo, nueve sueldos por día para el alimento del leon, y no sé cuantos florines al año por las botas de vino griego que ruedan desde sus tabernas al palacio del Podestá, donde los consejeros empuñan el codo entre discurso y discurso.....

—Padre, no eche pullas al gobierno de la Ciudad, si no quiere verse hoy en el calabozo y mañana en el potro.

—Justo, dijo el Juez, por mucho que gasten los magistrados, no gastarán tanto como los frailes, que en las fiestas de San Juan solamente emplean cien libras para comprar cirios y velas.

—Y no ganamos, Señor Juez, para gabelas. Siete mil libras entrega al fisco el arrendatario de los impuestos sobre caza y fruta; dos mil florines de oro el arrendatario de los impuestos sobre el pan.

—Pero ellos, los arrendatarios, descargan el peso abrumador sobre vuestros hombros, y vosotros sobre los nuestros, pobres compradores.

—¡Buenos compradores están los conventos! dijo el carnicero, cada claustro cômpite en verduras, frutas, carnes, artículos de todo género, con los dos mercados florentinos, con el Nuevo, y el Viejo.

—¡Qué grupo de gente aquel tan numeroso!